



Juan Valera

Junio

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

Junio

Hace cerca de dos años contraí el compromiso de hacer la pintura del mes de junio. Desde entonces hasta ahora nada se me ha ocurrido que decir, y mi mes de junio no sale. Torpeza y esterilidad mía deben de ser, no falta del asunto.

Si con atención lo considero, junio se me presenta como el más lindo y glorioso de los meses. Junio debiera reclamar contra abril y mayo, ponerles pleito, y probar que los poetas andan siempre poco acertados en mentar a abril cuando quieren simbolizar la Primavera o hablar de algo primaveral y bonito. ¿Por qué una muchacha, pongo por caso, ha de tener siempre de quince a veinte abril y nunca de quince a veinte junio? ¿Por qué no ha de ser más fresca y lozana que una rosa de junio y no que una rosa de mayo? Si acudimos a los botánicos y jardineros, tal vez convengan todos en que apenas hay país en este hemisferio boreal donde no se den mejores rosas, más fragantes, más esponjadas, más ricas y delicadas de color y en mayor abundancia en junio que en abril y que en mayo.

La verdad es que la llegada de la primavera es muy poética; pero ¿es menos poético su entronizamiento? En abril lucha aún la primavera para vencer el invierno; en mayo triunfa ya; pero en junio sigue ascendiendo, en toda la plenitud de su gloria, hasta que llega a la cumbre del poder y de la riqueza. Es cierto que el verano viene en pos de ella, casi pisando su aérea, y perfumada falda; mas no acude para vencerla y destruir su obra, sino para realizar sus esperanzas y cumplir sus promesas, convirtiendo en frutos las flores. Pomona abraza, en este mes, cariñosamente, a Flora, y ambas, en consorcio de emulación, nos prodigan sus bienes.

El almo sol avanza, entre tanto, por nuestro hemisferio, derramando sobre él sus rayos fecundos más de lleno y por más largas horas. Después parece como que se para en el cielo a fin de contemplar con reposo y deleite la tierra que alumbra, hermosea y fertiliza. Se diría que, casi a fin de junio, al llegar al punto extremo de la zona en que su curso oblicuo está trazado, anhela el sol salirse de ella para darnos más luz y vida. En este mes de junio son los días mayores; las noches son más breves, claras y serenas.

Y, sin embargo, el ardor del sol no molesta aún. Las moradas de los hombres no se han caldeado; los campos no se han agostado; todo está verde y todo florece. La espiga está granada, pero no seca. Entre las mieses, altas, se destacan las amapolas y otras florecillas, esmaltando los campos de púrpura azul y oro. La fuerza estiva no ha amenguado el caudal de ríos, arroyos y fuentes. El polvo no ha empañado la esmeralda de las hierbas y del follaje de los árboles que las últimas lluvias lavaron. En los torcidos sarmientos desenvuelve sus pámpanos la vid. En torno del tronco, los álamos alfombran el suelo de menudas flores, para revestirse, en cambio, de pomposas hojas, que forman sombra grata. Las golondrinas, las codornices y otras muchas aves inmigran a bandadas desde regiones más cálidas. Hasta las más rezagadas se muestran ya, atraídas por el festín de fruta madura y de cuajada semilla y de multiformes insectos que Naturaleza prepara. El ruiseñor, la alondra y otros pájaros trinan y gorjean; los grillos y las cigarras arman alegre ruido; graznan las ranas, y

las abejas zumban, orgullosas del ya bien construido panal, en cuyos cálices de cera la miel rebosa.

En junio, el calor, que no abruma, ni aridece, ni debilita aún, muestra toda su creadora pujanza, despierta los gérmenes dormidos, abre los senos para que brote la vida y hace que crezca y cunda todo cuanto es capaz de animarse y aún bulle latente en las entrañas de la tierra.

El mes de junio es en sí como otro mes cualquiera: Período de treinta días; la duodécima parte del año, concierta inexactitud; pero si yo me pusiera a referir sucesos de junio, sería ya cuento de nunca acabar. Por lo menos, ha sucedido, sucede y sucederá en junio la duodécima parte de todos los sucesos habidos y por haber. Y si atendemos, además, a que el cuerpo y la mente del hombre no están en dicho mes ateridos por el frío, ni postrados por los excesivos calores, ni tienen que emplearse tanto en cosas materiales, porque entonces la Naturaleza es más benigna y pródiga, reconoceremos que, por tan buena sazón, estamos más listos y dispuestos para pensar, hablar, escribir, deliberar y ejecutar cosas importantes y trascendentes. De suerte que, a priori, sin revolver librotos para buscar efemérides, bien puede afirmarse que el mes de junio es el más atiborrado de hazañas, discursos, obras maestras y primores de todo linaje.

Y más lo sería aún si, al mismo tiempo, no fuese el mes de junio el más divertido de los meses.

Las regocijadas verbenas y las veladas deleitosas se siguen, sin tregua ni vagar, en este mes: la de San Juan, precursor de Cristo; la de San Pedro, que abre las puertas del Cielo, y la de San Antonio de Padua, santo amoroso y cándido, santo que, como consta de su historia, infunde tiernos y devotos afectos hasta en el corazón de las mulas resabiadas, y santo a quien pintan bonito y joven, con el Niño-Dios, que le sonríe, y que está entre sus brazos o viene a posarse sobre el libro de sus rezos y a no dejarle leer en él.

Nadie sabe hasta hoy, ni tal vez se sepa jamás a punto fijo, a qué hora y en qué día empezó a rodar el planeta que habitamos con la inclinación y dirección que hoy lleva. Yo tengo, sin embargo, mis razones para creer que fue en junio. No quiero dar aquí estas razones, porque son tan sabias y tan matemáticas, que casi nadie me las entendería, y en libros de mero entretenimiento, como debe ser éste, no es cosa de encajar enigmas profundos. Por otra parte, me retrae también el recelo de que los maliciosos, prevaliéndose de la corta o ninguna reputación que tengo o de geómetra y de astrónomo, me acusase de que yo no entendía mis razones tampoco. Básteme, pues, consignar aquí, reservándome las pruebas para mejor ocasión, mi creencia de que empezó en junio el período telúrico en que ahora vivimos. En junio llega la tierra a todo su auge y pompa, en flores y frutos. Luego en junio empezó también la revolución anual, cuyo término tiene tan brillante resultado.

Nótese cómo, por instinto, sin haber discurrido tan reflexivamente como yo, sin calentarse la cabeza, ni rascarse la frente, ni morderse las uñas, la generalidad de los hombres me da en esto la razón de modo implícito. Los que se mudan de vivienda se mudan en junio; los que estudian algo, en junio se examinan y dan el estudio por terminado, a no quedarse vergonzosamente para el cursillo, y así el Estado como los particulares echan en junio las cuentas de lo que ganan y de lo que gastan, de lo que producen y de lo que consumen.

Junio es, pues, la meta y el punto de partida, el alfa y el omega del año académico y del año económico. Todo afán de intereses materiales, todo movimiento del espíritu en su vida intelectual, toda prosa y toda poesía, en junio empiezan y en junio acaban.

Se diría que cuanto hay en los seres de prurito, de anhelo, de aspiración, de propósito, logrado en parte en el mes de junio, se aquieta satisfecho por breves instantes y renace con nuevos bríos y mayores ímpetus para proseguir el movimiento, el bullicio y la incesante agitación de la vida. De aquí, sin duda, el afán de moverse, de peregrinar, de amar, de pelear y hasta de rabiar y de cantar que se apodera como nunca de todo ser en el mes de junio.

Mis vecinas elegantes se desatan con furor a cantar en junio, ya música de Verdi, ya de Rossini, ya de Wagner; sus criadas entonan tangos, peteneras y seguidillas.

Los mejores conciertos se dan en junio. En junio son en España las más bravas corridas de toros y las más lucidas y sangrientas riñas de gallos. Como en junio empieza a hervir la sangre humana con los nuevos calores, en junio es cuando hay más pendencias en tabernas, plazuelas y garitos; más duelos y lances entre caballeros, y también más suicidios y más asesinatos; pero, en fin, algún inconveniente han de traer consigo esta exuberancia de savia y este nuevo arranque inicial de la vida humana después de un momento de satisfacción y reposo. Al doblar la meta para hacer nuevo giro en el circo olímpico, era cuando solían volcarse los carros y salir rodando y aun descalabrados los aurigas menos ágiles y más audaces.

No hubo ni hay religión que no ponga en junio sus más risueñas fiestas. Y, sin engolfarnos en eruditas reconditeces, bien podemos afirmar que en el mes de junio, que corresponde al mes *Sciroforión* de los griegos, celebraban éstos la fiesta y procesión más simbólica y gloriosa, ya que en ella se representaba en aquel pueblo ilustre, maestro de Europa y fundamento de su civilización predominante en el mundo, el simultáneo nacimiento de las artes de la paz y de la guerra, cifradas en la oliva, que salió con fruto y flor de la tierra, cuando Minerva la hirió con su lanza, y en el caballo fogoso, que surgió también al golpe del tridente de Neptuno.

Nosotros, los buenos católicos, solemos también tener en junio la procesión que llaman de Minerva, y no sé si en ello hay aún alguna vaga reminiscencia de la citada fábula clásica.

Pero, prescindiendo de tales conjeturas, en junio cae casi siempre la fiesta más grande de la Cristiandad: la que celebra la comunión santísima entre Dios y el hombre; el misterio de la Eucaristía, con cuya ocasión y propósito desplegaron su ingenio nuestros más egregios poetas en autos sacramentales.

En junio, además, solemnizamos a San Pablo, que extiende buena nueva y la ley de gracia por cuantas son las gentes, tribus y naciones del mundo, desechando el estrecho exclusivismo de los judíos; a San Pedro, que funda la unidad católica, constituye el principado o monarquía de la Iglesia y es el primero de los pontífices-reyes, Melquisedec del Testamento nuevo, David de la renacida Jerusalén y Vicario de Cristo, y a San Juan, en cuya alabanza el mismo Dios, hecho Hombre, dijo que era el más grande de cuantos de mujer han nacido.

Prolijo y cansado sería si me empeñase yo en relatar, sin que nada se me quedase en el tintero, todas las excelencias, sublimidades y recuerdos que junio trae consigo. Hago, pues, en el panegírico, punto redondo.

Justo será ahora, a fin de que no me tilde nadie de apasionado y de parcial, que diga yo algo también de los inconvenientes y disgustos que este mes suscita; inconvenientes y disgustos que nacen de la propia grandeza, fecundidad y viciosa lozanía de dicho mes, porque no es entre escuetos peñones y estéril arena, sino en los terrenos de mucho jugo y envidia, donde a par de trigo, brota la cizaña, y donde entre hinojos, mejorana y mastranzos crece la mortífera cicuta, y donde entre hierbas del regaladísimo olor tal vez se

esconden y acechan la víbora, el alacrán y la tarántula. Todos los cuales bichos y ponzoñas ocurren a mi fantasía, y aún me parecen poco cuando pienso en el furor de viajar, y la manía de trashumar y veranear, que acomete y domina en junio a todo ser humano, y en especialidad a las mujeres. La moda lo exige. Es desentono y oprobio no someterse a esta exigencia. De aquí, angustias, apuros y acaso desesperación para los maridos pobres. Se propala que el calor no se puede sufrir en las ciudades populosas, y que es menester ir al campo a respirar aires frescos y puros. Hambre y sed de idilios se apoderan hasta de los corazones femeninos menos poéticos. Si la mujer es moza, sueña con Dafnis y Cloe; si es vieja, con Filemón y Baucis. «Los niños -dice la mujer a su marido- sudan y se ponen canijos si no van a una quinta.» Y el papá, que no tiene quinta, suda más que los niños, y tal vez se encanija mil veces más, pensando, cavilando y calculando cómo alquilará la quinta, que importa llamar, para que sea *comme il faut, chalet, château, villa o cottage*, y conviene que esté fuera de España. En España, según afirman cuantos están en los trotes y conocen la liturgia del buen tono, rústico urbano, apenas hay aún *campo de alquiler* civilizado, fresco y, con perdón, sea dicho, sin pulgas ni chinches.

A veces, en toda familia semielegante, o dígame con comezón de elegancia y pujos de *high-life*, se agravan en junio los padecimientos crónicos de una o dos de las personas que la componen. Se consulta al médico, y éste, so pena de pasar por ignorante y bárbaro matasanos, tiene que recetar, y receta, baños, ya de mar, ya sulfurosos, ya de otras aguas minerales.

Es indispensable, por tanto, es ineludible ir a Vichy, a Spa, a Biarritz, a Baden-Baden, o transponer más lejos.

Los reporteros y cronistas de la aristocracia, los Asmodeos, Montecristos, Mascarillas y otros van tomando nota de todo, levantan acta y hacen más comprometida la situación: anuncian, por ejemplo, que la condesa de Casa de León va a ciertos baños de Alemania, y que la marquesa de Casa de Vacas va a otros baños de Francia o de Suiza, y ya es fuerza, *es de rigor*, la ida, porque, de lo contrario, las malas lenguas serán capaces de decir que no fueron porque la guita no alcanzaba: permitaseme la expresión figurada, a pesar de lo familiar y grotesca.

No se ha de negar que, a más de la moda, se dan impulsos terapéuticos que empujan fuera de Madrid, en verano, a no pocas personas. Esta máquina de nuestro cuerpo es complicadísima, y lo que califico yo de milagro es que dure tanto sin descomponerse con el uso, con el abuso y con el continuo traqueteo. En verano importa salir a recomponer algo la máquina, a carenar la nave, que, engolfada durante el invierno en los mares de la política, de los negocios rentísticos o de los galanteos, anda muy averiada. Tal vez requiere botanas la vieja corambre; tal vez una badana, inerte y floja, clama porque la soben y hasta la zurren para que recobre vitalidad, flexibilidad y energía. Esto alcanza hoy mucho crédito. En francés se llama *massage*, y para ser *massageado* como conviene, es menester ir a Amsterdam, donde vive y funciona el *massageador* más notable que ha habido y que hay en el mundo. Otros archimagos de la salud, sabios especialistas, doctores garridos extranjeros y, por consiguiente, de más crédito para la gente fina, viven en el centro de Europa, tienen su farmacia, no en la calle de la Luna, número seis, sino en Bonn, en París, en Heidelberg o en Londres, y nos atraen para ir a consultarlos. Uno cura las oftalmías; otro, las neurosis; otro, las anemias; éste te hace engordar, si estás flaco; aquél, enflaquecer, si estás gordo.

Para esto de enflaquecer es para lo que muchas señoras españolas se van en verano de viaje y acuden a Marienbad. Aquellas aguas son prodigiosas para corregir tan feos

pleonasmos o redundancias carnales o grasientas, que desfiguran con frecuencia la femenina belleza castiza y la juvenil esbeltez. Y cuenta que las peregrinaciones a Marienbad no admiten demora ni se pueden dejar para otro baño. La piel, que se va estirando y rellenando con una riqueza y desbordamiento de formas a las cuales apenas hay corsé que baste a poner dique, malecón, valladar, esclusa o reparo; la piel, repito, acaba por perder su elasticidad si se la afloja tarde, y entonces la dama enflaquecida, en vez de alegrarse, deplora sus carnes malogradas o sus evaporadas mantecas cuando advierte que no se encoge el pellejo, sino que cuelga en arrugas, pabellones, pliegues y faralaes, con menoscabo y lastimoso detrimento de la corrección de las líneas, de la pureza del dibujo y de la firmeza escultural o plástica.

Debo advertir, además, que no es sólo el conato *iátrico* (séame lícito valerme de palabras doctas) el que aguijonea a las damas para que en verano viajen; hay también otros conatos que debemos apellidar *cosméticos e indumentarios*. No reza esto con las que se resignan a no salir de España, o a salir sólo para alguna playa portuguesa, en Setúbal o en Cascaes, ya cerca de Oporto, ya en el delicioso valle del Lima, ya en la desembocadura del *saudoso* Mondego, que celebró Camoens y que ha poetizado la que reinó después de la muerte. Por allá van señoras de provincia, salmantinas y extremeñas, que no piensan en exóticos perfiles ni los ambicionan ni pretenden. Pero las damas de Madrid, y sobre todo las más entonadas y ricas, cuando en verano salvan los Pirineos, no piensan sólo en que van a curarse y a acicalar sus naturales encantos y las armas que les dio Amor para avasallar corazones, sino que sobre estas armas propias van a traer, cuando vuelvan, toda una panoplia de artificiales e ingeniosas armas que en el gran arsenal erótico de París se fraguan, cincelan y pulen. De allí traerán sombrerillos, quitasoles, abanicos y trajes, matutinos y vespertinos, en que Worth verterá a raudales sus estéticos ensueños, los cuales tomarán cuerpo y se harán visibles y palpables en crujientes y ricas sedas de Lyon, en lazos y moños, en encajes, randas y bordados. Ni faltará algunas de las más refinadas de nuestras *lionnes* que se extiende hasta Alemania o Rusia para traer de allí martas cebelinas, o zorras azules, o armiños con que abrigarse en invierno, o que vaya a Bruselas sólo para visitar a la Vautrigant y comprarle ropa blanca interior, ligas incomparables y aquellas sus maravillosas medias caladas, sin rivales en este globo terráqueo y dignas de ceñir, no diré de encubrir, las bien torneadas piernas de Diana cazadora y aun de la propia Venus. Allí, en aquella tienda, hallará la dama perita los más sibaríticos refinamientos en cuanto toca y atañe a la *toilette* esotérica y reservada: estolas, para no llamarlas camisas, de una batista o de un *foulard* tan sutil que caben, apretadas, en la cáscara de una nuez mediana, y con cintitas tan primorosas que bien pudiera Eros, si llegase a instituir alguna insigne orden, hacer con ellas rosetas y lacitos para los ojales de sus caballeros y comendadores.

No es de maravillar que con tanto aliciente deseen las damas salir todos los veranos a tierra extranjera, y como sobre esto se discute, y como por esto se pugna en el mes de junio, hogar doméstico hay que se convierte en verdadero campo de Agramante. Por lo general, el marido se rinde, y, si no tiene recursos, los busca, y levanta un empréstito para la expedición y aun para la indemnización de guerra, porque a menudo la señora resulta enojada por la ruda resistencia que se le ha opuesto, y es necesario desenojarla.

Sabido es que el hombre es animal de amor perenne. No es como los irracionales, que tienen su estación de amor. El hombre ama de continuo. Sólo he leído yo de algunos salvajes de la Oceanía, del África Central y de América que tienen en el año una estación en que aman, y en lo restante del año no piensan más que en comer. Pero estos salvajes, ni se visten con Worth, ni se ponen medias, ni se perfuman, ni asean, y, además, son casi

siempre antropófagos. Cuando no aman a sus mujeres suele ser porque tienen ganas de comérselas. Así lo da a entender, entre otros, el historiador Pedro de Cieza en la *Crónica del Perú*, donde saca a cierto príncipe indio, Nabonuco, que se comía a sus mujeres, de lo cual no se espanta el historiador, porque como aquellos indios, dice, *no tenían fe ni conocían al demonio*, que tales pecados les hacía hacer, no caían en cuán malos y perversos eran; pero como nosotros somos cultos y *conocemos al demonio*, amamos siempre a las mujeres, y en vez de comérselas, dejamos por mucho amor que, en todo caso, sean ellas las que nos coman y devoren.

Y este amor, según queda dicho, es perenne en el hombre civilizado, si bien no se debe negar que en el mes de junio es cuando más amamos. El ejemplo es contagioso, y todo ama en junio. Como hay epizootia de amor, natural es que haya también epidemia. Muchos seres vivos, que sólo se emplearon antes en crecer y engordar, hasta se transforman en junio, y de larvas se convierten en mariposas y en libélulas, y salen con espléndidas vestiduras y con esmaltadas y brillantes alas, y sólo para amar viven. Amémonos, pues, en el mes de junio más que de costumbre y más que de ordinario.

¡Con cuánta razón han dicho egregios poetas y agudísimos filósofos que son hermanos el Amor y la Muerte! El hombre y la mujer, muy enamorados tal vez, desean fundirse en el seno de la creación, perderse en el todo, dar por amor la vida. Por esto, sin duda, los viejos egoístas y cobardes suelen morir en otoño o en invierno, y los jóvenes amantes y valerosos, en junio, cuando todo convida a amar, cuando Amor impera. La muerte de ellos es efusión de amor que aflige a sus padres, y que tal vez para ellos es bienaventuranza infinita. Tal vez es dichoso el joven que muere en junio, cuando Naturaleza toda se viste de gala y luce su hermosura y le llama a sí para que con ella se abraze y en su seno se confunda, mientras que vuela el espíritu hacia el foco de la luz increada; pero es indudable que es infeliz el viejo que ve morir de esta suerte al hijo en la flor de su mocedad y no hay alambicadas filosofías que le consuelen, ni apenas hay religión que ponga bálsamo en la herida que lleva en el alma.

Por lo demás, cuando lo recapacito bien, me inclino a creer que casi no hay persona, ni vieja ni joven, por infeliz que sea, que quiera de verdad morir en el mes de junio ni en ningún otro mes del año. Y lejos de censurarlo, encuentro que esto es lo sano, lo honrado y lo virtuoso. La mayor perfección moral está, sin duda, en no tener ni deseo ni miedo de la muerte; en vivir alegre procurando que sea hermosa y útil la vida; en morir noblemente resignado, procurando que la muerte sea ejemplar; y en tener, en vida y en el momento de la muerte, santa esperanza en Dios y plena confianza en la propia conciencia, para dar por seguro que en lo que no nos condenamos o nos absolvemos, nos ha de absolver y no nos ha de condenar el que vale infinitamente más que nosotros.

Como mi artículo sobre junio acaba tan místicamente, no estará de más terminar diciendo: «Amén.»

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

